

CERCANÍAS Y LEJANÍAS

JULIÁN SANTAMARÍA

LA VANGUARDIA, 4.11.07

Era previsible la clara pérdida de confianza en líderes y partidos, pero no la estabilidad del mapa electoral

El primer aniversario de unas elecciones, en este caso las autonómicas catalanas, no da para festejos ni celebraciones, pero ofrece una buena oportunidad para explorar cómo han ido las cosas, cómo evalúan los ciudadanos las políticas de los gobernantes y si se han producido o no cambios en las preferencias del electorado, en qué dirección y en qué proporciones. Ése era el objetivo de este estudio, cuya realización ha coincidido con los penúltimos socavones del AVE y las nuevas interrupciones de los trenes de cercanías. El grueso del estudio se centró en la *crisis de las infraestructuras*, y los datos publicados el domingo pasado en este diario muestran de forma inequívoca la irritación que ha producido. Para la mayoría se trata de un caso específico cuya magnitud no admite comparación con lo que ocurre en otras comunidades. La mayoría cree además que la crisis obedece a la falta de inversiones del Gobierno central y el total de los entrevistados se divide en dos mitades entre los que responsabilizan al Govern y los que no.

Que las inversiones han sido insuficientes es obvio a la vista de lo que ha sucedido. El Gobierno de España y el Govern de Catalunya lo han reconocido, como pone de relieve el acuerdo sobre financiación entre Solbes y Castells - es decir, entre ambos gobiernos- para equilibrar ese déficit de inversiones en los próximos años, un acuerdo ante el que una

parte importante de los entrevistados se muestra más bien escéptica, como una parte importante del resto de los españoles, entrevistados hace un mes, contempla con reservas. Lo que a nadie puede sorprender es que, pese a este esfuerzo de ambos gobiernos, ante el sinnúmero de pequeños desastres acumulados en estos meses, reviva en Catalunya, como discurso hegemónico, el discurso del agravio comparativo y no como recurso retórico de un partido, sino como sentimiento ampliamente compartido.

Era previsible que la coyuntura afectara a la percepción que tienen los catalanes de la situación económica interna, que, aun siendo más bien favorable, muestra uno de los puntos más bajos de los últimos años, aunque, curiosamente, es la situación política la que despierta mayor preocupación. Esa percepción negativa tiene un clarísimo reflejo en la escasa identificación de los ciudadanos con los partidos políticos y en la mediocre valoración que hacen de la gestión del Govern en su primer año, considerada mayoritariamente "regular". Algunas de sus políticas, como la sanitaria, se valoran, pues más de una tercera parte de la población cree que ha mejorado en un año, frente a una cuarta parte que piensa lo contrario. Pero otras decisiones polémicas, como la limitación de la velocidad a 80 km/ h o la aceptación del velo en las escuelas, apenas encuentran el aplauso de una minoría o bien divide a los catalanes en dos mitades.

Es comprensible que el espacio político sea el más afectado, ya que la sucesión de apagones, socavones e interrupciones del tráfico ferroviario se vinculan a errores de planteamiento y decisiones políticas erróneas, y es comprensible que eso se traduzca en una clara erosión de la simpatía y la confianza en los dirigentes políticos, incluido el presidente del

Gobierno. Pero, además, la crisis actual se ha producido en el marco de otra crisis de naturaleza política, más profunda y prolongada, derivada de la recomposición del mapa electoral de Catalunya y su impacto sobre el sistema de partidos, y se ha producido, además, en el frontispicio de unas elecciones generales que bien podrían ser las más importantes de los últimos años por lo que está en juego tanto en Catalunya como en el resto de España.

En ese escenario era igualmente previsible que la dimensión del desastre constituyera un incentivo para avivar la pugna electoral, de un lado, entre la oposición y el Govern, y de otro, entre las distintas fuerzas nacionalistas más proclives que las demás a identificar la cuestión de las inversiones con las limitaciones del autogobierno. Así lo sugieren las declaraciones independentistas de algunos líderes convergentes, tan alejadas de la línea tradicional de su partido.

Los catalanes más afectados por la crisis de las infraestructuras, es decir, los que sufren sus consecuencias cada día en primera persona, han dado pruebas bien elocuentes de civismo y mesura, pese a la imprevisión y el desconcierto inicial de las autoridades locales, autonómicas y centrales, pero, el público en general y, sobre todo, los dirigentes y comentaristas políticos se preguntan cuál será la actitud del electorado en las próximas elecciones y, en particular, si acudirán a las urnas con la afluencia con que suelen hacerlo en elecciones generales o si, por el contrario, se repetirá la pauta abstencionista que se impuso en el referéndum y ha caracterizado luego las elecciones autonómicas y municipales. Es pronto para saber cuál será su actitud y cuál el eco de algunas proclamas antisistema que ponen en tela de juicio la importancia del voto e invitan a la abstención.

Tan previsibles eran los datos publicados estos días como la respuesta cívica de los afectados o la puja al alza entre los diversos nacionalismos. Lo que no lo era tanto es la estabilidad del mapa electoral, que, según nuestros datos, apenas se ve alterado, sin que haya que atribuir especial importancia a las pequeñas oscilaciones del voto y, por consecuencia, de los escaños. Las diferencias son muy pequeñas, lo mismo en la perspectiva de las generales que de las autonómicas, están todas por debajo del margen de error y carecen de relevancia. Quizá eso sea lo más intrigante y contraintuitivo de los resultados de este estudio: la estabilidad del voto hoy por hoy, la elevada fidelidad de los electores a sus respectivos partidos. ¿Provisional o definitiva? Lo lógico sería suponer que, de momento, el electorado catalán se mantiene abierto y expectante ante las respuestas que puedan encontrar sus problemas en los próximos meses y, casi con seguridad, no sólo a eso.

J. SANTAMARÍA OSSORIO Catedrático de Ciencia Política en la UCM y presidente del Instituto Noxa Consulting